

EL COMPLEJO DE JUDAS Y LA CRISIS DE FE.

Es oportuno tener en cuenta lo que el famoso escritor eclesiástico padre Malachi Martin (exsecretario del cardenal bea y gran conocedor del vaticano y de todo su teje y maneje interno y externo), dice acerca de judas y su grave traición, cual paradigma de todos los sucesivos traidores a Cristo y su Iglesia, en especial hoy en día con el proceso de destrucción galopante y acelerada de la fe y de la iglesia por los innovadores (modernistas, sean fase radical o fase conservadora), dialécticos que socavan los fundamentos de la iglesia desde adentro como advirtiera hace más de un siglo san pío x.

“Judas Iscariote será eternamente conocido como el hombre que entregó a Jesucristo a sus enemigos. por lo menos en veinte lenguas su nombre es sinónimo de ‘traidor’. Pensar en Judas, o mencionar su nombre, es evocar la imagen del traidor total. el prototipo del traidor. Sin embargo, no hay ninguna razón para suponer que cuando originalmente fue llamado por Jesús para ser uno de sus propios íntimos especiales –uno de los apóstoles iniciales- Judas ya estuviera preparado para la traición, que fuera menos entusiasta en su devoción a Jesús, menos merecedor de ese llamado, o que estuviera menos decidido a seguirlo hasta el fin que los otros once elegidos por Jesús al mismo tiempo que eligió a Judas. tampoco podemos suponer que Jesús no le concedió a Judas alguna de las divinas gracias especiales que les confirió a los demás.

Hoy de manera similar, cuando obviamente ha habido una grosera traición a la Iglesia Católica Romana a una escala alarmantemente amplia por parte de obispos, preladados y sacerdotes de laIglesia, no hay ninguna razón para suponer que cualesquiera obispos, preladados o sacerdotes en particular, culpables de esa traición, comenzaran con menos buenas intenciones o menos devoción a la Iglesia que aquellos que no han traicionado su vocación. Tampoco podemos suponer que aquellos que ahora están entregados a la traición se les hayan negado las gracias divinas que son sumariamente necesarias para el ejercicio meritorio de los deberes eclesiásticos.

Judas debe haber participado plenamente del carisma de un apóstol, un pastor, prefigurando de este modo (como lo hacían todos los doce apóstoles) a lo que hoy llamamos los obispos de la Iglesia. viviendo con Jesús día y noche, viajando con él, escuchando sus palabras y viendo sus acciones, colaborando con él en su labor, enviado por él con un mandato para predicar el reino de dios, para curar a los enfermos, exorcizar demonios, ejercer su autoridad, confiar en las armas espirituales y en los medios sobrenaturales, judas no puede haber comenzado siendo más mundano, más cobarde, menos iluminado que los demás miembros de ese grupo especial.

Pero de ese grupo selecto que Jesús instruyó, Judas, y sólo Judas, rompió la unidad del grupo. Él solo traicionó a Jesús. Él solo se presentó como el antihéroe entre esos doce hombres y los pocos centenares de discípulos y seguidores quienes, con Jesús, eran los participantes activos en el tenso drama de la salvación, en la que Jesús, como héroe, desempeñó el eterno plan de Dios desde su nacimiento hasta el clímax de la crucifixión (de la que Judas fue directamente responsable) y de la Resurrección, que, al final, Judas decidió no aceptar ni compartir. Pero Judas no era un ‘disidente’. no tenía intención de romper la unidad del grupo ni de arruinar a Jesús y a los doce. Judas era algo clásico: el antihéroe que insistió en llevar a la práctica su propio plan para Jesús y los demás (en el que, por supuesto, el desempeñaría un papel importante y autosatisfactorio). Pensó que podía reconciliar a Jesús con sus enemigos.

Podía, mediante una negociación decente, asegurar el éxito de Jesús en el mundo al celebrar un acuerdo con los líderes del mundo.

los mismos comentarios, con la debida consideración al desarrollo de la Iglesia, se pueden aplicar a los obispos y prelados y sus funcionarios asistentes en la Iglesia de hoy: fueron llamados para vivir íntimamente con Jesús a través de la plenitud del sacerdocio que es suyo por su consagración episcopal, para ejercer su autoridad espiritual; y, confiando en el poder y en la gracia de su espíritu, para ser pastores de almas, curando, exorcizando, predicando, reconciliando; para seguir el plan de salvación que Jesús indicó claramente cuando estableció a Pedro como jefe de su Iglesia y como su representante personal en el 'único y verdadero redil' en el que se puede asegurar efectivamente la verdadera salvación de las almas individuales.

Pero en una forma extrañamente reminiscente del error que cometió Judas, algunos obispos y prelados y sus funcionarios asistentes se han establecido como la antiiglesia dentro de la Iglesia. no quieren dejar la Iglesia. No pretenden ser disidentes. No pretenden borrar a la iglesia, sino hacerla de acuerdo con su propio plan; ahora es trivial para sus mentes que su plan sea irreconciliable con el plan de Dios, como ha sido revelado a través del actual sucesor de Pedro y de su autoridad en la enseñanza. porque, en el mismo estilo de la propia miopía espiritual de Judas, ya no creen en la doctrina católica del magisterio papal, como el traidor ya no creía que Jesús fuera divino. Están convencidos de que pueden reconciliar a esa Iglesia y a sus enemigos por medio de una 'negociación decente', de que realmente comprenden lo que está sucediendo, y de que pueden asegurar el éxito de la Iglesia de Cristo celebrando un acuerdo con los líderes de este mundo. Pero en su fiel creación de una antiiglesia dentro de la Iglesia –desde la Cancillería del Vaticano hasta el nivel de la vida parroquial-, han conseguido romper la unidad de la Iglesia, acabando, de hecho, con la una vez floreciente unión de los obispos con el Pontífice Romano, y debilitando gravemente a la organización institucional católica romana por entero.

La enormidad de este error y su similitud casi aburridora y repetitiva con el error de Judas –en otras palabras, el síndrome de Judas de los modernos eclesiásticos-, se vuelve muy evidente cuando uno examina la conducta del traidor. Finalmente, Judas traicionó a Jesús. Pero es importante notar las 'buenas' intenciones con las que comenzó a andar por el camino retorcido que terminó en el campo de sangre, donde murió sofocado por el dogal alrededor de su cuello y por el cruel desentrañamiento de su vientre.

En las páginas del nuevo testamento, el perfil personal de Judas es confuso en todos los puntos, excepto por su horrible traición del amado Señor. comprensiblemente, los escritores no comentarían, no podían comentar, nada bueno o siquiera interesante sobre Judas, excepto su traición. a la luz de la Resurrección de Jesús y del posterior descenso del Espíritu Santo sobre los restantes apóstoles, todo lo que importaba, a ojos de los escritores del nuevo testamento, era esa brutal traición, y todo lo que ellos podían expresar por el traidor era completo desdén y aborrecimiento. Quizá no hay paralelo en el nuevo testamento con esa condenación total e implacable de Judas. 'él recibió la misma oferta de Jesús que todos nosotros': Pedro debió haber escupido estas palabras con áspera rudeza al dirigirse a todos los seguidores de Jesús en el salón superior, en Pntecostés. 'era uno de nosotros. sin embargo, guió a la multitud que le puso las manos encima a Jesús. y ahora recibió lo que merecía... un campo salpicado con sus propias entrañas, y su propio tormento especial en el fuego del infierno'. No hay una sugerencia de perdón, ni siquiera un rastro de pesar. Quizá esto se debía a que Judas había cometido el único pecado que Jesús dijo que era imperdonable, el pecado contra el Espíritu Santo.

Este rechazo total de Judas ha inclinado a los cristianos a verlo bajo una mala luz desde el comienzo de su relación con Jesús, como una especie de infiltrado admitido por Jesús en la intimidad de sus personas especiales, porque, por así decirlo, alguien tenía que traicionar al Señor. Pero, de acuerdo con la lógica, esta no puede haber sido la verdadera historia de Judas.

Desde un punto de vista divino y humano, Judas debió aparecer inicialmente como uno de los candidatos más prometedores para la dirección de la futura Iglesia de Cristo. Judas era el único funcionario público del grupo de Jesús, por así decirlo. recibía más confianza que los demás; a él, Jesús le confió la conservación y administración de cualesquiera fondos que fueran reunidos por el grupo para los gastos inmediatos y, por lo tanto, de cualesquiera y todos los tratos de 'negocios' que ocurrieran dentro de los viajes.

Los hechos de la vida eran que un grupo de hombres jóvenes, sanos y fuertes, en lo mejor de su vida, que no estaban empleados regularmente por un salario y continuamente estaban viajando, tenían que tener una 'bolsa' común para alimentos, para alojamiento, para peajes, para los impuestos, para imprevistos: ropa, contribuciones caritativas, apoyo a sus familias, reparación y mantenimiento de su equipo de pesca. La mayoría de ellos eran pescadores, que conservaron su equipo durante toda su relación con Jesús y mucho después de la Resurrección.

No hay exageración al describir a Judas como el único funcionario del grupo. También a los ojos de los demás apóstoles, Judas era considerado como un alto funcionario. Porque para algunos de sus contemporáneos, ellos debían parecer una chusma, pero hoy sabemos que estaban destinados a fundar una organización que absorbería a todo el mundo conocido y crearía una nueva civilización milenaria.

Razonablemente, no podemos dudar de que Judas empezó con gran entusiasmo y devoción a Jesús, y con plena confianza en el éxito final de Jesús. Para los demás compañeros, sabemos que hasta bastante después de la resurrección, el éxito significaba la restauración política del reino de Israel, con los apóstoles ocupando doce tronos de jurisdicción y juicio. Judas no puede haber pensado de manera diferente ni haber esperado menos. Él y ellos hasta disputaban acerca de cual de todos tendría la mayor autoridad. Dos de éstos hicieron que sus madres abordaran a Jesús y trataran de asegurarles dos puestos principales junto al trono real que ellos se figuraban que ocuparía Jesús cuando gobernara a Israel y al mundo. Porque, por supuesto, Jesús sería finalmente rey.

Aquí es donde la desilusión se apoderó de Judas. Más en contacto con los asuntos prácticos que los demás, más consciente de la política de su tierra, sólo podía aumentar su desilusión cada vez que Jesús repudiaba un intento tras otro de coronarlo como jefe y rey. Hubo más de dos ocasiones semejantes; cada vez, Jesús expresó esos sentimientos muy poco terrenales de sufrimiento y muerte. además, cada vez que los choques intermitentes con las autoridades hierosolimitanas abrían una brecha más profunda entre Jesús y el poder político de Israel – concentrado ahora en el consejo de estado, el sanedrín-, el sentimiento de desilusión se volvería tanto más profundo en Judas.

Se puede señalar que en cualquier momento dado Judas pudo haber dejado a Jesús y 'no haber caminado más con él', como sin duda hicieron muchos. Pero no, Judas quería quedarse. creía, a su manera, en Jesús y en su grupo y en sus ideales. sólo quería que Jesús y los demás se adecuaran a las realidades políticas y sociales, que siguieran su plan, no los planes que Jesús pudiera haber tenido. Podemos estar seguros de que la última cosa en la que pensaba era dejar el grupo.

Pero se había formado sus propias ideas sobre la manera sensata en que Jesús debía proceder para tomar el poder supremo. Ahora, en la embriagante atmósfera de la colaboración con las autoridades, veía que su camino se abría hacia visiones de grandeza, una posición dirigente en el futuro reino de Israel, una vez que los romanos fuesen expulsados y que los poderes locales judíos existentes, con la ayuda de Jesús, derrotaran completamente a los odiados romanos. Hasta cuando Jesús le dijo sencilla y francamente, durante esa última comida de Pascua que sí, que él sabía que Judas era quien lo traicionaría, eso no hizo mella en la resolución de Judas. Probablemente no comprendió el uso que hizo Jesús de la palabra

'traicionar'. en el pasado, muchas veces él había 'traicionado' a Jesús en el sentido de quien había hecho lo opuesto a la voluntad de Jesús, y las cosas siempre habían salido bien. Ese plan de negociación todavía le parecía lo mejor a Judas. La ceguera final se cerraba sobre su alma como una trampa de acero. El Evangelio dice: 'Satanás entró a su corazón'. Judas estaba ahora bajo el control de la única personalidad que iba a perder más por cualquier éxito que Jesús pudiera tener. y Judas pudo, sin ningún escrúpulo y siempre completamente persuadido de que su plan era bueno, ir a buscar a las autoridades del templo, sus 'contactos de alto nivel', y señalarles el lugar donde Jesús estaría a cierta hora, e identificarlo ante la fuerza armada enviada para traerlo, atado y esposado como un animal cazado.

Cada acontecimiento que siguió a la decisión de Judas fue posible y directamente provocado por esa mala acción de parte de Judas, el apóstol elegido por Jesús y su funcionario confiable. Todo fue responsabilidad de Judas. la terrible agonía en Getsemaní, la violencia cometida contra Jesús en su arresto y los juicios fingidos durante la noche, las horas de prisión y los abusos de los soldados romanos, la coronación de espinas y la burla a su persona, que estamos seguros que violaba su dignidad de todas las maneras posibles; su acusación ante Pilatos y Herodes, sus azotes, el doloroso y angustioso camino hacia el Gólgota, el dolor desgarrador de la crucifixión, seguido por tres horas de mortal agonía, horas divididas en esfuerzos debilitantes para no sofocarse y para no quedar abrumado por la crueldad de los clavos que sostenían sus muñecas y sus pies contra la cruz. Todo esto, así como el resultado final: la muerte de Jesús.

Todo ello, malo y sacrílego más allá de la expresión humana, fue una consecuencia directa de ese complejo de Judas. mientras que el resultado último de la decisión de Judas fue la brutal traición y la falsedad, su pecado específico fue la negociación... lo que realmente le parecía a él una negociación sabia y prudente, dada la situación, por lo demás imposible, en la que se había encerrado el propio Jesús a sí mismo y a su grupo leal por sus ataques violentos contra el statu quo y por su negativa a encontrarse con las autoridades judías a mitad de camino para satisfacer las necesidades y las preguntas de hombres, que, después de todo, estaban en posición de saber de que estaban hablando cuando se trataba de la causa nacional y de la continua existencia del judaísmo. Eran, después de todo, los conservadores de la llama.

En la mente práctica y mundana de Judas, Jesús y su doctrina deben haber sido clasificados como completamente inadecuados al consenso social y a la mentalidad política de sus días. Realmente, eran tanto inadecuados como inaceptables. Inaceptables hasta el punto de provocar a sus adversarios a perpetrar un asesinato político. Era, después de todo, una cuestión de seguridad del estado y de su supervivencia nacional.

Ésta es, entonces, la esencia del complejo de Judas: la negociación de los principios básicos de uno para adaptarse a los modos de pensamiento y de conducto que el mundo considera como necesarios para sus intereses vitales. El principio de ese grupo especial era Jesús, su existencia física, su autoridad, su enseñanza. Judas había sido persuadido por sus tentadores y corruptores de que todo lo que representaba Jesús tenía que ser modificado por una negociación decente y sensata.

Esto nos proporciona una norma segura por la cual podemos identificar a los miembros de la antiiglesia que están ahora firmemente sentados dentro de la organización institucional católica romana. Aunque los últimos veinte años de la historia de esa organización estén llenos de compromisos y cientos de malas acciones por parte de los eclesiásticos, debemos buscar e identificar las negociaciones importantes que pueden ser correctamente descritas como actos genuinamente fraudulentos en las altas funciones eclesiásticas.

Un acto fraudulento es un acto de mala fe, un engaño. Se utiliza también para describir el abuso de un puesto. Un examen de los últimos veinticinco años de la historia católica romana, lo lleva a uno a la conclusión de que el mayor fraude en las altas funciones eclesiásticas ha sido

la tolerancia y la propagación de la confusión acerca de las creencias clave entre la masa católica, siendo esta tolerancia de la confusión un resultado directo de una disidencia tolerada en los teólogos y obispos católicos concerniente a esas mismas creencias clave. Porque tolerar la confusión es propagar la confusión. Un primer y fundamental deber de toda función eclesiástica y de toda responsabilidad eclesial anexa a todos los puestos de la Iglesia comprende la enseñanza clara e inequívoca, y la aplicación de esas reglas básicas y creencias fundamentales que la Iglesia sostiene y declara que son necesarias para la salvación eterna. No puede haber negociación en ninguno de esos puntos: enseñanza y aplicación. si los católicos romanos tienen derechos en la Iglesia, tienen el derecho primario de recibir esa enseñanza inequívoca y de estar sujetos a su aplicación directa y sin vacilaciones.

Además, es relativamente fácil identificar las cuatro áreas clave en las que los eclesiásticos han tolerado y propagado la maléfica confusión que afecta hoy a los católicos romanos. Estas áreas son: la eucaristía, la unicidad y verdad de la Iglesia Católica Romana, el oficio apostólico del Obispo de Roma y la moralidad de la actividad reproductiva humana.” (Las Llaves de Esta Sangre, Ed. Lasser Press, México, D.F. 1990, pp. 659-664).

Después de leer esto se comprende como se puede traicionar a Cristo y a su Santa Iglesia cual otro Judas sin tener un aspecto violento, agresivo ni degenerado, sino que con buena cara y gran convicción en sí mismo bajo apariencia de bien, se vende a Cristo tal como hoy está sucediendo visible, pública y oficialmente desde el nefasto y contradictorio Concilio Ecuménico Vaticano II.

Basilio Méramo Pbro.
Orizaba, 15 de agosto de 2008